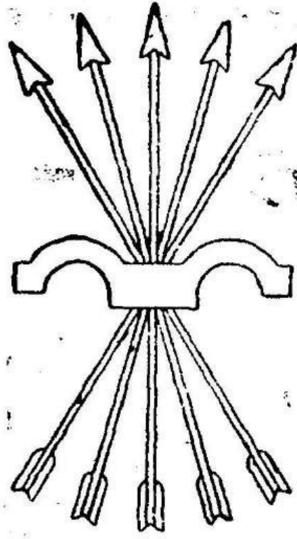


...De ahí la imponente gravedad del instante en que se acepta una misión de capitán.

Con sólo asumirla, se contrae el ingente compromiso ineludible de revelar a un pueblo—incapaz de encontrarlo por sí, en cuanto masa—su auténtico destino.

José Antonio.



A la acción oponemos la acción, pero a otra doctrina oponemos la nuestra, y a una concepción de España basada en la disgregación, en la anarquía y en el separatismo, oponemos otra España constituida sobre la unidad, la armonía y orden clásico.

Raimundo Fernández Cuesta.

AÑO II
Número 28
Segovia 30
de Abril de 1937
Precio del ejemplar
15 céntimos

LA FALANGE

Redacción
y Administración
Juan Bravo, 47
Suscripción:
Al mes.. 0,60
Trimestre 1,75

“Saludo a Franco ¡¡Arriba España!!”

EL ESPIRITU DE LA FALANGE

JOSE ANTONIO, PROFETA

José Antonio nos explica magistralmente el origen del movimiento de Falange en el Prólogo de la obra «Arriba España». Sus palabras de profeta, de español cien por cien, son, en estos momentos, de enorme actualidad. Españoles todos y, especialmente, anti-gueros camisas azules, escuchad su voz:

«Todas las juventudes conscientes de su responsabilidad se afanan en reajustar al mundo. Se afanan por el camino de la acción y, lo que importa más, por el camino del pensamiento, sin cuya constante vigilancia la acción es pura barbarie.

Mal podríamos sustraernos a esa universal preocupación, nosotros, los hombres españoles, cuya juventud vino a abrirse en las perplejidades de la tras-guerra. Nuestra España se hallaba, por una parte, como acongojada por una crisis propia, como ausente de sí misma, por razones típicas de desarraigo, que no eran las comunes al mundo. En la coyuntura, unos esperaban hallar el remedio echándolo todo a rodar (esto de querer echarlo todo a rodar, salga lo que salga, es una actitud característica de las épocas fatigadas, degeneradas. Echarlo todo a rodar es más fácil que recoger los cabos sueltos, anudarlos, separar lo aprovechable de lo caduco). ¿No será la pereza la musa de muchas revoluciones? Otros, con un candor risible, aconsejaban, a guisa de remedio, la vuelta, pura y simple, a las antiguas tradiciones, como si la tradición fuera un estado y no un proceso y como si a los pueblos les fuera más fácil que a los hombres el milagro de andar hacia atrás y volver a la infancia.

Entre una y otra de esas actitudes se nos ocurrió a algunos pensar si no sería posible lograr una síntesis de las de las dos cosas; de la revolución, no como pretexto para echarlo todo a rodar, sino como ocasión quirúrgica para volver a trazar todo, con pulso firme al servicio de una norma—y de la tradición—no como remedio, sino como sustancia. No con ánimo de copia de lo que hicieron los grandes antiguos, sino con ánimo de adivinación de lo que harían en nuestras circunstancias.»

Magnífica visión clara, española—suya—. Los hechos la confirmaron. En los albores del movimiento nacional, camisas azules y boinas rojas fueron barrera infranqueable para las hordas marxistas. Boinas rojas y camisas azules, hoy tropas veteranas, como las mejores, derrochan, juntas, heroísmo que asombra al mundo por las tierras de España.

Oviedo, Toledo, Alcubierre, Santa María de la Cabeza, jalones de la España imperial del mañana. Por España una se lucha en nuestros campos, en santa hermandad. Por España, sin facciones, totalitaria, imperial.

Por formas nuevas, adivinaciones de lo que tierra, con amor y orgullo de la Patria, con la espada y con la cruz: con el espíritu y con la acción. Esta unión deseada por los que luchan, que son los que más ofrecieron por la



Patria, ha sido realizada por el caudillo de España, Franco. El Decreto de unificación tiene este anhelo y asegura el triunfo de la paz. En la España del mañana, en la que, ya muy próximo, habrá pan y justicia: santa hermandad y una enorme tarea que realizar.

«Habrá que cimentar la nueva sociedad en un espíritu de alegre sacrificio, que sólo ha de buscar, como recompensa, la satisfacción del deber cumplido. No habrá lucha de clases, porque un Estado fuerte sabrá imponer la justicia y el bien de la colectividad, frente al interés particular. Que despierten de su engaño quienes pretenden la vuelta cómoda a la normalidad.»

Muchos sacrificios y mucha sangre derramada por una sociedad más humana lo impediría. Se acabaron, para siempre, los egoísmos. El nuevo Estado será inexorable con aquellos que no acepten la nueva moral o que pretendan hábilmente esquivarla, con artes de viejos políticos. Ideas limpias, proceder recto y claro serán necesarios para andar por los caminos de la nueva España, abonados con la sangre de nuestros mejores. Para quien venga con ese propósito, hay sitio en la gran tarea: hace falta el esfuerzo de todos los hombres de buena voluntad y limpia intención. Hay que levantar España sobre las ruinas producidas por un siglo de liberalismo estúpido y cuatro años de marxismo criminal.

Reconstruir nuestra Patria, con una ilimitada ambición: deben nuestras generaciones darle todo cuanto la negó el error y el egoísmo de los que se decían amarla. ¡Arriba España! ¡Con toda el alma! ¡Con toda la voluntad, por la gloria difícil! ¡Seguros de vencer en la guerra hoy, y en el mañana!

José Antonio Primo de Rivera, glorioso Ausente, puedes estar tranquilo.

Todos nuestros actos se inspiran en tus normas, creadoras ayer de la Falange juvenil que, incomprendida, supo dar generosamente su sangre en las calles de nuestras ciudades y que hoy, por voluntad del generalísimo, son el cimiento de la España nueva. Y vosotros, boinas rojas y camisas azules, hoy camaradas todos, bajo el yugo y las flechas de los Reyes Católicos, ¡camaradas de la vanguardia, que sufrís en las trincheras peligros y privaciones! ¡Camaradas que consumásteis vuestro sacrificio y que, desde la guardia eterna, vigiláis exigentes nuestra conducta! ¡Vuestro sacrificio no se malogrará. Todos unidos, como un solo hombre, a las órdenes del caudillo Franco, sabremos lograr la Patria una, grande y libre! Saludo a Franco: ¡Arriba España!

Economía - Trabajo



EL LIBERALISMO ECONOMICO

Terminada la revolución y empezado el siglo XIX, la organización de la Economía, a consecuencia de las doctrinas de Adam Smith y de los principios de aquella, descansaba sobre la base de la libertad. Imperaba el criterio de que el Estado debía limitar todo lo posible su intervención en la vida económica de los individuos, pues de la libre competencia de éstos habría de salir el triunfo de los mejores y con este triunfo el progreso de la Humanidad. De igual forma y en virtud de iguales principios, en materia de trabajo se habría implantado el sistema de libertad, eximiendo a los hombres de la obligación de formar parte de un gremio si querían dedicarse al trabajo, decretándose en Francia la abolición de aquellos gremios en virtud de la ley Chapellier. Pero es que además la organización gremial que había existido hasta la revolución francesa era a todas luces incompatible con las nuevas formas del sistema capitalista que se iniciaba. Este exigía grandes capitales para montar los negocios, y ni los antiguos aprendices, oficiales, ni la mayoría de los maestros tenían los necesarios para ello y, como por otra parte, había desaparecido la posibilidad de obligar a los hombres a trabajar mediante el aliciente de llegar a ser maestros de un gremio si cumplían escrupulosamente los deberes que éste imponía resultó que de un lado se agruparon los que careciendo del dinero preciso para ser empresarios no poseían más que su trabajo, de otro las clases acomodadas, se dividió la sociedad en proletarios y capitalistas y surgió el salariado como medio de ejercer la coacción que antes se conseguía dentro del gremio en la forma indicada. La lucha de clases había hecho su aparición, iniciándose un combate que aún continúa y no se sabe cómo ha de terminar.

EL SOCIALISMO

Ahora bien, aunque la Economía descansaba sobre la base individualista, hacia 1830 empezó a popularizarse un vocablo hasta entonces desconocido o poco usado: el Socialismo. Su significado no era exactamente comprendido por los mismos que lo empleaban, y consistía en un humanitaria aspiración a cambiar la sociedad, poniendo término a la injusticia que representaba el que unos hombres disfrutasen de toda la riqueza y otros careciesen de lo más indispensable. Pero no decían mediante qué procedimiento iba a desaparecer tal injusticia, ni sus aspiraciones descansaban sobre base de

rigorismo científico. Eran los socialistas utópicos, sentimentales y humanitarios. No tardó, sin embargo, mucho tiempo en construirse una doctrina montada sobre los principios de la ciencia económica para combatir el concepto privado del capital y defender su traspaso total o parcial al Estado. Este es el socialismo científico de Carlos Marx, Rodbertus y Lasalle. ¿Qué argumentación empleaban estos economistas, especialmente el primero, para llegar a la radical solución indicada? La siguiente: observó que una gran cantidad de hombres carecían de toda clase de medios para subsistir, no poseyendo más que su trabajo, el cual habían de arrendar en las condiciones que quisieran los empresarios, porque si no había otros hombres dispuestos a aceptarlas. De otro lado, estas condiciones eran abusivas, depende exclusivamente de la cantidad de trabajo incorporado a ella, una vez que el obrero había realizado el que precisaba para ganar un salario bastante a cubrir sus necesidades, si continuaba trabajando dos, tres o varias horas más, como este exceso no lo abonaba el patrono, existía un «plus valía» a favor de éste y a costa del trabajo humano, que constituía la explotación capitalista. Por consiguiente, si quien explota es el capital privado, convirtiéndole en público, habrá desaparecido la posibilidad de explotación.

Pero no es esta sola la característica del socialismo marxista; bien conocidas son sus teorías sobre el materialismo histórico y la lucha de clases, lucha que Marx dedujo de los principios de la filosofía de Hegel. Según ésta, en la vida nada es permanente ni definitivo, las formas actuales de organización jurídica, política, etc., llevan en sí un germen de destrucción en pugna con la misma forma existente. Esta constituye la tesis, el elemento destructivo, la antítesis y de la lucha entre ambas habrá de salir la síntesis, o sea la nueva forma de vida que a su vez ha de seguir el mismo proceso evolutivo. Pues bien, Marx aplicó estos principios al campo económico (tesis), con el proletariado (antítesis), habrá de salir la síntesis, o sea la nueva forma de organización de la Economía, que ha de consistir en la dictadura del proletariado.

EL SINDICALISMO

Pero si Carlos Marx creó el dogma de la lucha de clases, el Sindicalismo fué el instrumento de esta lucha. Ahora bien, el Sindicalismo hasta llegar a sus actuales características ha pasado por otras anteriores. En la primera, el Sindicato representa el medio

de defensa contra la implantación del maquinismo que arruinaba el trabajo manual del artesano. Posteriormente, convencidos los obreros de que el triunfo de la máquina era inevitable, trabajaron para extender al proletariado el beneficio que aquella proporcionaba; pero más adelante, al ser imposible sacar nuevas ventajas por haber llegado al límite de rendimiento, el Sindicalismo pretende asumir el mando de la producción y destrozar el Estado haciéndose revolucionario. Sus armas de combate son de todos conocidas, sus teorizantes también lo son. La huelga, el boicot, el sabotaje, el label y la acción directa constantemente están dejando sentir sus efectos en todas las reivindicaciones proletarias.

Sorel, Lagardelle, Labriola, Enrico Leone y otros muchos han creado escuela, influyendo decididamente en la mentalidad de los obreros y representando con sus escritos un revisionismo marxista, que, según el lenguaje vulgar, podríamos calificar de izquierda, y que acentúa el predominio del trabajo manual despreciando toda intervención burguesa.

EL CAPITALISMO

Pero ni el marxismo con sus teorías, ni el sindicalismo revolucionario con sus medios de lucha son los únicos factores que han influido en la actual situación de la Economía mundial. Hay que tener en cuenta otro más y de gran importancia. El sistema capitalista.

Realmente no puede hablarse del capitalismo hasta la implantación de la gran industria y el triunfo de la máquina. Esto es, hasta principios del siglo XIX. La esencia del sistema consiste no sólo en ser una forma de organización económica, en la que el capital predomina exageradamente sobre el trabajo, sino en que, como hace notar Mussolini, hay una producción en masa, para un consumo en masa, y mediante un capital también en masa. Es decir, que en el sistema, capitalista se pierde en absoluto todo el carácter humano de la producción, ésta deja de ser la obra directa de un hombre, ya no se precisan las cualidades personales del artesano, aquél es absorbido por la máquina y se convierte en una pieza necesaria para su funcionamiento. Pero el capitalismo ha pasado también por diferentes fases, pues si en su principio poseía todas las características del liberalismo económico que lo había creado, a partir de 1870 empieza a perderlas, ya

que al surgir la empresa anónima, si el capital se hace público mediante la compra de acciones, se precisa también la pública intervención. Esta pérdida de las esencias liberales se acentúa cada vez más paralelamente al desarrollo de la concentración capitalista, y así vemos cómo las grandes coaliciones industriales, trusts, rings, etc., hacen precisamente para evitar una de las notas de tal liberalismo, la libre competencia, pues a los grandes capitalistas les ha sido más cómodo que luchar entre sí, ponerse de acuerdo para repartirse los mercados, fijar los contingentes de producción y señalar los precios. Y no es esto sólo, sino que la intervención del Estado cada vez es más solicitada, a fin de que dicte disposiciones orientadas en un profundo proteccionismo económico. Son, pues, rasgos característicos del sistema capitalista en estos últimos tiempos, su apartamiento de los principios liberales que lo engendraron y una concentración de capital de tal magnitud que ha puesto en peligro la independencia política de los pueblos y ha contribuido en gran parte al actual desorden económico.

SOLUCIONES POSIBLES

¿Cuáles son los remedios posibles para salir de él?

¿Será la vuelta al liberalismo económico en toda su pureza? Tal es el criterio de algunos economistas y políticos que atribuyen a la intervención del Estado el trastorno de la Economía. Esta opinión nos parece equivocada. La intervención ha sido solicitada, por los misma Economía liberal, que ha provocado la crisis y ahora se encuentra impotente para resolverla. La crisis es muy anterior a la intervención y se ha acudido a ésta como un posible remedio.

Pero además: ¿Puede decirse que en lo que se llama régimen liberal la Economía sea realmente libre? ¿No es más cierto que está dirigida por las grandes empresas capitalistas que verifican la intervención orientada tan sólo en su exclusivo provecho? ¿Tienen los obreros más estímulo o interés personal en una empresa capitalista que pueden tenerlo en otra comunista?

Aquella solución, la vuelta al liberalismo, ni nos convence ni nos satisface, ya que, en resumen, no sería más que empezar otra vez el camino que nos ha traído a la actual situación y dejar el campo expedito a los grandes especuladores, que defienden la vuelta a un régimen que les permita hacer lo que mejor les plazca.



Lucha de clases

Ahora bien, si del campo liberal pasamos al intervencionista nos encontramos dentro de él varias clases de intervención. ¿Elegimos la norteamericana de Roosevelt? No. Esta no tiene más valor, ni más prestigio, que el de su autor. Es una intervención directa, dictatorial, sin flexibilidad y que no obedece a un plan completo de reorganización económica, estando llamada a un irracional caso definitivo por no haber ido acompañada de otra política, demostrándose una vez más que aquella es inseparable de ésta.

¿Admitimos la socialista? Tampoco. No va por sus errores científicos, que Bernstein, Henri de Man, Sombart y otros varios han conseguido demostrar, sino además por la ausencia de aquellos valores espirituales inherentes a la personalidad y a la dignidad de hombre. Reconocemos la importancia de los factores económicos, pero creemos también en la santidad, en la abnegación y en el sacrificio.

Por otra parte, negamos la afirmación marxista de que el obrero no tiene patria. Que Carlos Marx, judío desarraigado lo dijera, era natural. Para él los obreros no eran seres humanos, sino la masa moldeable, el elemento que precisaba para ensayar sus teorías. La redención del proletariado poco le importaba, sólo tenía el egoísmo propio del hombre de ciencia que sueña con ver confirmadas en la práctica sus predicciones y doctrinas. Pero, además, no comprendemos por qué razón el patriotismo ha de ser la cualidad exclusiva de las clases elevadas. ¿Es que los obreros no forman parte integrante de la nación? Los obreros, lejos de mirar al Estado como algo indiferente o distinto a ellos, deben considerarse dentro del mismo y darse cuenta que los conflictos y problemas que le plantean, a la corta o a la larga sobre ellos recaen.

Si del examen teórico del marxismo pasamos al práctico, encontramos que en Rusia, país donde ha tenido mayor y más completa realización, las ventajas obtenidas por el proletariado en aquellos puntos que pueden interesarle no justifican el haber hecho una revolución como la rusa. Así vemos, por ejemplo, que la jornada de trabajo es de cuarenta y dos horas, y vemos también que en las industrias en que con arreglo al plan quinquenal el trabajo es intensivo, las cuarenta y dos horas han sido elevadas a cuarenta y ocho. Mezquino beneficio en el primer caso, nulo en el segundo.

Bien es verdad que los obreros rusos no pueden llamarse a engaño. Lenin, poco tiempo antes de estallar la revolución, publicó

un libro en el que describía el estado soviético tal como él lo había concebido y tal como ha sido implantado. Pues bien, en esa obra decía Lenin que para llegar a su ideal de anarquía social, en la que los hombres

no precisarían de la actual organización jurídica y económica del mundo, había que pasar por diversas etapas: capitalismo de Estado, comunismo y anarquía. Pero comprendiendo que no era posible cambiar la condición del hombre de la noche a la mañana, añadía que para alcanzar la etapa final era necesario conservar el Estado, que Lenin tomaba como sinónimo de opresión, Estado, que ni sería libre, porque precisaría de una disciplina férrea; ni justo, porque mantendría la igualdad de salarios, igualdad que ante las diferentes necesidades humanas representa una injusticia. Lenin resumía en una frase su concepto estatal: «Mantendremos el Estado burgués... pero sin la burguesía». No hay, pues, por qué extrañarse de lo que sucede en Rusia. A Lenin se le podrá tachar de todo menos de hipócrita.

Descartadas las anteriores soluciones nos queda aún la corporativa. Y en este punto conviene hacer una aclaración. El Estado corporativo no está implantado ni siquiera en Italia. Porque lo que este país llama Corporación en realidad no es otra cosa que un inmenso Jurado mixto, o Comité paritario: de un lado, la Confederación obrera; de otro lado, la patronal, arribando el edificio, la Corporación. Es decir, que en Italia actualmente se parte de la idea que el capital y el trabajo son términos forzosamente opuestos que hay que armonizar en bien de la producción. Cuando en realidad lo que debe hacerse es fundir a los dos en una síntesis suprema. Esto es, formar un concepto unitario y superior integrado por el capital y el trabajo y que utilice a ambos como elementos necesarios del proceso económico. Cuando esa síntesis se haya conseguido podrá decirse que existe la Corporación.

LA VERDADERA SOLUCION

¿Qué hacer, pues?

Como no es posible, ni humano, contemplar impávidos, según hacen los marxistas, la total destrucción de la clase obrera, esperando que de esa destrucción salga la emancipación del proletariado, ni tampoco remediar su actual situación, mediante concesiones puramente graciosas, otorgadas por sentimentalismo, o compasión, sino que se debe buscar la redención económica de todos los españoles, no de parte de ellos, mediante

una transformación social, profunda y completa; no queda otro remedio que construir un orden nuevo formado por elementos psicológicos y técnicos distintos de los expuestos.

Ante todo hay que cambiar la finalidad de la economía, subordinando ésta a la Moral y viendo en ella el medio de satisfacer las necesidades humanas, no el de acumular riquezas o saciar placeres. Buscando en los negocios una ganancia remuneradora y no un provecho exorbitante, estableciendo salarios, precios y valores justos, huyendo en definitiva de los móviles predominantemente egoístas.

Por eso Falange repudia lo mismo a los liberales que a los socialistas. Ambos son ante todo materialistas, quizá más aquéllos que éstos, pues como decía Marx, y en esto tenía razón, el régimen liberal burgués ha convertido las profesiones más elevadas (sacerdocio, Enseñanza, Derecho y Medicina) en meros servicios materiales de asalariados. De otra parte, hemos de ver al Estado como algo inmanente, no trascendente, considerando a cada individuo depositario de parte del poder esencial de aquél y al Estado formado por todos y cada uno de nosotros, no mediante una relación directa, sino a través del Sindicato.

Queremos en lugar de la Economía incoherente e irresponsable del sistema capitalista otra, basada en la noción de las necesidades públicas, en el principio de la responsabilidad y en una organización sindical, en la que empresarios y obreros aparezcan confundidos en el concepto de productores consagrados a una misma tarea.

Debemos, pues, formar sindicatos verticales y nacionales. Es decir, sindicatos que en lugar de ser exclusivamente de obreros o de patronos, inspirados tan sólo en un interés de clase, por creer que es ésta la que une a los hombres, lo estén en la producción, ya que vemos muchas veces que los proletarios de una industria determinada tienen más vínculos con los capitalistas de esta industria que con los proletarios que trabajan en otra industria competidora y opuesta. Y sindicatos que desenvuelvan su espíritu de lucha e incluso de rebeldía dentro del ámbito de los intereses de la nación. Estos sindicatos cargarán al Estado de una serie de funciones económicas que ellos deben asumir, desburocratizando la Economía, llegando a la supresión del salariado mediante un reparto equitativo de los beneficios entre los factores que han intervenido en la producción. Además, disciplinarán la Economía, pero no será una disciplina del Estado que mate la



iniciativa privada, sino más bien una autodisciplina de los mismos elementos productores y en interés social.

Defendemos la propiedad privada en cuanto es inherente al hombre e inseparable de él, ya que tan absurdo es atribuir el producto del trabajo de cada uno a la comunidad, como repartir el de todos entre unos cuantos privilegiados. Pero la propiedad para merecer nuestro respeto ha de ser real, concreta, tangible, representada por casas que se conservan, por tierras que se trabajen, por instrumentos que se utilicen en empresas fecundas y nacionales. Nunca especulativa, ficticia, formada por títulos bursátiles, anónimos e internacionales—aquella asienta al hombre sobre bases fijas y permanente, ésta, le convierte en el capitalista desarraigado, sin patria y sin conciencia, vagando por el mundo atento sólo al lucro y la ganancia. Por eso Falange es enemiga del capitalismo financiero, anónimo, antihumano, egoísta, calculador, del capitalismo de las jugadas de bolsa, de los préstamos usuarios, de las combinaciones bancarias y de los grandes consejos de administración, del que ha hecho del dinero eje del mundo y del capital sujeto a la Economía creyendo que ésta no tiene otra finalidad que procurarle beneficios, réditos e intereses a costa de los abusos que sean precisos. Es el verdadero verdugo del trabajador y del pequeño terrateniente, propietario, industrial o comerciante. Es decir, de todos aquellos que, lejos de utilizar el capital como instrumento de dominio, lo emplean en servicio del trabajo y de la producción.

Defendemos la igualdad de todos los hombres ante el trabajo, igualdad que no excluye rangos, jerarquías y categorías, pero ganadas todas ellas por el propio esfuerzo y la propia capacidad. Proclamamos el derecho y el deber del trabajo para hacer imposible la vergüenza actual de que haya unos hombres que vivan a costa de otros y que disfruten de todas las ventajas de la vida adquiridas sin el menor esfuerzo, mientras sus hermanos carecen de lo más preciso para subsistir. Queremos que, lejos de ver en el trabajo un sacrificio y una carga, veamos en él un timbre de gloria, de honor y dignidad civil, realizándolo no con pesimismo y resignación, sino con alegría, juventud y espíritu optimista.

Falange Española de las J. O. N-S. aspira, pues, en definitiva a implantar un sistema económico, tan alejado del odio comunista como del egoísmo capitalista, y en el que todos los españoles coman, trabajen y se encuentren amparados por una exacta justicia social.

Arriba España.



Nación - Unidad - Imperio

LA NACION

Concibamos a la nación. Si la examinamos etimológicamente, nación es un concepto vago; suena como nacimiento, nativo, natural.

La nación tiene como un pecado original. Hay en la Biblia dos pecados originales: uno, individual, el del árbol; otro, colectivo, el de la torre. El pecado de la torre es el de la confusión, la escisión, la separación de las lenguas; de él sale la nación. Nace, pues, de un pecado; lleva en sí un pecado. El del árbol se cura con el Sacramento del Bautismo; el de la nación, con un bautismo de universalidad.

La nación, en su principio, es una vaga unidad pasional y racial, que va ascendiendo poco a poco a lo histórico con la lengua; de aquí asciende a lo racional—el Estado, unidad perfecta—; de aquí a lo casi religioso—la misión universal del Estado: el Imperio.

La nación no debe pasar, sino correr siempre, ascendiendo hacia el orden. El orden es dinámico. Lo vivo, quieto, muere, se disgrega. Al parar el corazón, ha muerto un organismo y se disgrega. Las vísceras están ordenadas solamente mientras sirven.

Hay una novela del siglo pasado a la que solamente se la ha dado valor por su carácter de folletín. Es ésta: «Los tres mosqueteros» de Alejandro Dumas. Los tres mosqueteros llevan en sí encarnado todo este movimiento de incorporación al orden. De ser unos forajidos, llega alguno de ellos—D'Artagnan—a ser mariscal de Francia.

Esta carrera de la incorporación al orden, quemando las etapas de la Historia, es parte de nuestra moral.

LA UNIDAD

La historia de España se nos aparece como un mundo de valores. La inteligencia marca las invariantes en un mundo de variaciones. Hay invariantes de tipo negativo, pero también las hay de tipo positivo. De tipo positivo son aquellas marcadas por nuestro jefe en el discurso de construcción de la Falange: la «unidad de destino», la «ley de amor», el «estilo» y «la guardia bajo las estrellas».

España ha tenido tres grandes guerras a favor de la unidad. Primero, contra los moros, impidiendo la división, la desunión racial y religiosa. Después, contra los bandos disgregadores, los comuneros, las germanías, que intentaban hacer partes, posiciones en aquella unidad que era España. Más tarde, durante el siglo XVI y el XVII, por la unidad de raza, de cultura, de Religión, España ha sostenido guerra tras guerra.

La unidad es la idea central de la Falange. Es una idea buena en sí. Todas las cosas buenas del mundo son unas: uno es siempre el amor.

La Falange, como dice su juramento, mantiene sobre todas la idea de unidad: Unidad entre las tierras de España, unidad entre las clases de España, unidad en el hombre y entre los hombres de España.

Esta nuestra unidad no tiene nada que ver con la que dicen los que se llaman nuestros «amigos». La unidad nacional no es sólo la territorial, la física, sino el complejo cultural, ideal y de futuro.

El centralismo francés concibe la unidad territorial como una unidad universal. Basta un buen entrelazado que una los departamentos. Otros, que ha querido dárselas más

—los del hecho diferencial—la conciben una unidad vegetal, como un árbol que pueden cortarse ramas y plan-

tales. Nosotros no estamos centralistas; ni con los se-

Nosotros creemos que superior, humana y

lo una de las

era y mue-

que no



modo unido, que con la separación de uno de los trozos, descabalado, todo se hundiría y moriría. Toda Cataluña está en toda España y toda España en Cataluña.

La unidad del Imperio. La unidad del Imperio es en teoría la primera y en la práctica será la última, porque, en el campo de los ideales, siempre lo que será último es lo primero. Es cierto que la casa se comienza por los cimientos; pero cuando se ponen éstos, ya se tiene antes la idea de la altura y forma del tejado. Por esto nosotros pensamos en el Imperio.

Pero, además, nuestra unidad es de tipo patético, de tipo popular.

Nuestra piedra—piedra de escándalo en las aguas turbias de España—aclara el agua en lugar de enturbiarla, y en lugar de producir unos círculos centrífugos, produce unos círculos centripetos que recogen y unen en un solo deseo.

Somos, así como en Isaías, piedra de escándalo para las dos casas de Israel. Piedra de escándalo para izquierdas y para derechas. El día que perdamos esta cualidad habremos perdido todo.

Hay enemigos. Esta unidad, tal como la concebimos, tiene sus enemigos. A los de Babilonia, dice la Biblia, hay que estrellarlos contra las piedras. A los enemigos de la unidad, contra las piedras de unidad.

Uno de estos enemigos es la mala cultura, la cultura positivista del siglo XIX, cultura fragmentaria. De ella ha venido a España el concepto de los hechos biológicos, que al fin ha autorizado jurídicamente el separatismo. Es una cultura de los fragmentarios, opuesta en todo a lo esencial y religioso, aun cuando muchos de los que ahora se llaman católicos no tengan otra que ella.

Otro enemigo es la mala política, producto de la mala cultura; política que no atiende más que a lo inmediato en una cancelación de lo pasado y una renuncia a la fe en el futuro; es la política actual de partidos.

Nosotros no podemos creer en esa política de partidos.

Huyamos también de las uniones falsas, uniones aparentes, faltas de forma. Unirnos a ellos es adulterar lo verdadero, romper nuestra unidad. Es algo así como unir al Panteón una fábrica de ladrillo. Toda la unidad de estilo, de estructura, de destino del Panteón quedaría rota. La unidad se rompe tanto por disminución como por aumento disparatado.

POLITICA JUVENIL

La política de la unidad tiene sus invariantes en la historia del mundo. Cuando hacemos una política juvenil es porque no debemos hacer otra, porque toda política ascendente hacia la unidad ha sido siempre juvenil. No podemos hacer otra. La política se nil ha llegado a su fin: la degradación de la unidad, la política, propia de los viejos y de los cortesanos.

La tarea de la Falange es reducir a unidad la multiplicidad y el caos de España. Llevará una política ascendente juvenil hasta el apogeo viril de potencia unitaria. No creáis en esas panaceas que se anuncian por ahí; unos dicen que la panacea está en el régimen corporativo; otros, en la agricultura; otros, en la cultura; otros, en la economía. ¡No hagáis caso! La única panacea es la concordia de los fines con unidad de mando y unidad de jerarquía. Para lograrla tenemos que unir hombres, cosas y acciones. Haremos la unión por una ley de amor, por una inteligencia de amor. Es la gran diferencia que hay entre Platón y Aristóteles. Platón habla de un orden intelectual abstracto; Aristóteles, de una inversión de la voluntad, de una ley de amor activa, en carrera ascendente para llegar a la unidad.

Sólo el amor edifica. La Biblia dice que el Arca de la Alianza, armonía de travesaños y rostros de querubines, la hizo un hombre

«sabio de corazón»: Sabios de corazón seamos para construir la nuestra en la Falange. El que no pueda traer a nuestra arca de la alianza imágenes divinas, que traiga humildemente travesaños.

Unidad de destino: construcción, trabajo. Nuestros partidos sólo se mueven por la comodidad; toda conciencia de unidad de destino está cancelada en ellos. De seguro que, a pesar de todas sus abominaciones ideológicas, si la política de Azaña no los hubiera incomodado, se hubieran quedado bien tranquilos.

Hoy el Estado aparece vacío de este concepto de unidad de destino. No hay en el Imperio un itinerario, no hay una meta. O se quiere una conciencia histórica o no. La Falange es una política juvenil, de combate por todos los medios para llegar a la unidad de fines. Iremos logrando todos los fines uno por uno; subiremos escalón por escalón. Antes de comenzar a subir tiene que estar la escalera apoyada en lo más alto. Ahora se habla mucho de acción. Nosotros tenemos otra palabra: ejercicio, con todo su carácter militar, heroico, de ella: ejército. Dentro de nuestro ejército hemos de formar una jerarquía iluminada. Esta era el alma del Imperio por encima de las lenguas, por encima de las razas. El Imperio es, ante todo, una doctrina moral; no es algo para declamar en los tablados teatrales, sino para hacerle, para quererle desde ahora con tensa y escueta voluntad.

Hay una gran confusión de ideas en lo que se relaciona con el Imperio. Imperio no es únicamente sinónimo de grandes acorazados, territorios, islas, etcétera; el Imperio es, ante todo, una actitud del alma colectiva. Antes que extensión es calidad. El Imperio no se reduce a la nación o al Estado. Puede haber Imperio en la familia, en la Falange, por el sistema de mando. Imperemos dentro de la Falange; imperando en ella, imperaremos sobre los demás partidos, imperaremos en España. Imperando en España, podremos un día llegar a imperar en el mundo.

Escalera de fines es a la que subimos. Para subirla debemos, a la vez, llenarnos de paciencia e impaciencia. Demos, además, al Imperio el carácter que ha de tener. Desde Roma hasta Carlos V, el Imperio recibía el nombre de «piadoso». Los que por él morían, morían por aquellos mismos que se les moraban. Así, en aquella época en la que aún no había venido Jesucristo, su Imperio, Roma, luchaba con unos numaninos a los que quería dar una cultura, una legislación, una vida nueva. La nación corre siempre el peligro de sentirse numantina e invertir los términos. El Imperio es piadoso. Los que contra él luchan, luchan contra sí mismos, contra su bien. En realidad, nuestro Matías Montero moría para redimir a aquellos mismos que le mataban, y en los escritos que nos legó cantaba el Imperio.

YUGO Y HAZ

Hemos asumido para nuestra tarea el yugo y el haz. La primera vez que pensé podrían ser emblema de un movimiento imperial español, fué en Palermo. Estaba esculpido en un arco medio derruido.

Entonces recordé el artículo famoso de Ortega y Gasset: «El arco en ruinas» y pensé igualmente «Con este arco en ruinas podría llegarse de nuevo a construir». El yugo era la labor de la tierra, pero también la disciplina, el orden, el yugo de las artes y de las ciencias, el instrumento para realizar la fatiga. Las flechas querían decir, no sólo unidad, sino también que están prestas para lanzarse y hender el aire con ala de pluma y aguijón de acero.

Nuestro fin; nuestra suprema aspiración es subir la escalera difícil de los fines, uno por uno, para que las generaciones asciendan a la idea magna del Imperio.

Rafael Sánchez Mazas

Estado - Individuo - Libertad

El problema de la libertad

Frente al desdeñoso «Libertad, ¿para qué?», de Lenin, nosotros comenzamos por afirmar la libertad del individuo, por reconocer al individuo. Nosotros, tachados de defender un panteísmo estatal, empezamos por aceptar la realidad del individuo libre, portador de valores eternos.

Pero sólo se afirma una cosa, cabalmente, cuando corre peligro de perecer. Afirmamos la libertad porque es susceptible cualquier día de ser suprimida. ¿Y en qué estado de cosas sufre ese concepto de libertad el riesgo de ser menospreciado?

Para el hombre primitivo no existía idea, concepto de libertad. Vivía dentro de esa libertad, que era natural en su vida, sin apreciarla ni formularla. El hombre de las primeras edades era libre con plena libertad, sin reconocer en qué consistía. Y no lo sabía porque no había nada capaz de cohibirla; existía él y nada más. Fue preciso que surgiese una entidad que pusiese veto a sus impulsos para que se diese cuenta de esa libertad de manifestación de sus tendencias. Hasta que no aparece un conjunto de normas capaz de cohibir los movimientos espontáneos de la Naturaleza, no se plantea el problema de la libertad; en suma, hasta que no hay Estado.

El Estado puede considerarse como realidad sociológica, cognoscible por el método de las ciencias del «ser», de las ciencias naturales, y como complejo de normas al que es aplicable el método de las ciencias del «debe ser» de las ciencias normativas. En el primer aspecto, la pugna entre individuo y Estado no tendría interés jurídico; se reduciría a una investigación de casualidad indiferente para el problema del «debe ser». La pugna jurídicamente, políticamente interesante, es la que se plantea entre el complejo de normas que integran el orden jurídico estatal y el individuo que, frente a esas normas, quiere afirmarse vitalmente; quiere, en términos vulgares, hacer «lo que le dé la gana».

«Derecha» e «izquierda»

Tal pugna ha agrupado las tendencias políticas alrededor de dos constantes, que podremos llamar «derecha» e «izquierda».

Bajo estas expresiones externas hay escondido algo profundo. Las esencias de estas actitudes, «derechas» e «izquierdas», podríamos resumirlas así: las «derechas» son las que consideran que el fin general del Estado justifica cualquier sacrificio individual y que se debe subordinar cualquier interés personal al colectivo; por el contrario, las izquierdas ponen como primer afirmación la del individuo, y todo está supeditado a ella; lo supremo es su interés, y nada que atente contra él será considerado como lícito.

Pero, según definiciones, ¿sería derechista el comunismo? Porque el comunismo lo subordina todo al interés estatal; en ningún país ha existido menos libertad que en Rusia; en ninguno ha habido más sofocante opresión del Estado sobre el individuo. Pero se sabe que el fin último del comunismo es una organización sin Estado ni clases, una anarquía e igualdad perfectas. Así lo han manifestado los jefes comunistas; tras una dura



etapa de rigor dictatorial, el colectivismo Este sistema apareció en el Renacimiento y anarquista aproximadamente. tuvo mejores políticos que filósofos. Estos

En las épocas chabacanas como esta que vivimos se borran los perfiles de estas dos constantes. Y así acontece que los archiconservadores se sienten izquierdistas, es decir, individualistas, en cuanto se trata de defender sus intereses. Tanto «derechas» como «izquierdas» se entremezclan y se contradicen a sí mismas, porque se han vuelto de espaldas al espíritu fundamental de sus constantes.

La soberanía

Pero es falso el punto de vista que coloca al individuo en oposición al Estado, y que concibe como antagónicas las soberanías de ambos. Este concepto, «soberanía», ha costado mucha sangre al mundo y la seguirá costando. Porque esa «soberanía» es el principio que legitima cualquier acción nada más que por ser de quien es. Naturalmente, frente al derecho del soberano a hacer lo que quiere se alzarán el del individuo a hacer lo que quiere. El pleito es así irresoluble.

En este principio descansa el absolutismo. Este sistema apareció en el Renacimiento y tuvo mejores políticos que filósofos. Estos

acudieron al Derecho romano y, confirmando sobre el «dominio» privado el poder político, dieron a éste un carácter «patrimonial». El príncipe viene a ser «dueño» de su trono, y así lo que a él le plazca tiene fuerza de ley nada más que por emanar de él. («Quo principi placuit legis habet vigorem»). Digamos, entre paréntesis, que esta tesis del príncipe, este derecho divino de los reyes, nunca ha sido doctrina de la Iglesia, como sus enemigos han pretendido afirmar.

Pero era natural que frente al derecho divino de los reyes se proclamase el derecho divino del pueblo. El que dió forma expresiva a esta tesis básica de la democracia fué Rousseau, en el «Contrato social». Según él, todo poder procedía del pueblo y sus decisiones de voluntad se consideraban justificadas, por injustas que fuesen. Al «quod principi placuit legis habet vigorem» sucede la afirmación de Jurin: «el pueblo no necesita tener razón para validar sus actos». Y el individuo sale de la tiranía de un gobernante para caer bajo las Asambleas.

Soberanía y destino

El Estado se encasilla en su soberanía; el individuo, en la suya; los dos luchan por su derecho a hacer lo que les venga en gana. El pleito no tiene solución. Pero hay una salida justa y fecunda para esta pugna si se plantea sobre bases diferentes. Desaparece ese antagonismo destructor en cuanto se concibe el problema del individuo frente al Estado, no como una competencia de poderes y derechos, sino como un cumplimiento de fines de destino. La Patria es una unidad de destino en lo universal, y el individuo el portador de una misión peculiar en la armonía del Estado. No caben así disputas de ningún género; el Estado no puede ser traidor a su tarea ni el individuo puede dejar de colaborar con la suya en el orden perfecto de la vida de su nación.

El anarquismo es indefendible porque siendo la afirmación absoluta del individuo, al postular su bondad o conveniencia ya se hace referencia a cierto orden de cosas; el que establece la noción de lo bueno, de lo conveniente, que es lo que se negaba. El anarquismo es como el silencio, en cuanto se habla de él se le niega.

La idea del destino justificador de la existencia de una construcción (Estado o sistema) llenó la época más alta que ha gozado Europa: el siglo XIII, el siglo de Santo Tomás. Y nació en mentes de frailes; los frailes se encararon con el poder de los reyes y les negaron ese poder en tanto no estuviera justificado por el cumplimiento de un gran fin: el bien de los súbditos.

Aceptada esa definición del ser—portador de una misión, unidad cumplidora de un destino—, florece la noble, grande y robusta concepción del «servicio». Si nadie existe sino como ejecutor de una tarea, se alcanzan precisamente la personalidad, la unidad y la libertad propias «sirviendo» en la armonía total. ¡Se abre una era de infinita fecundidad al lograr la armonía y la unidad de los seres! Nadie se siente doble, disperso, contradictorio, entre lo que es en realidad y lo que es en la vida pública representa. Interviene, pues, el individuo en el Estado como cumplidor de una función, y no por medio de los partidos políticos, no como representante de una falsa soberanía, sino por tener un oficio, una familia, por pertenecer a un Municipio. Se es así a la vez que laborioso operario, depositario del poder.

Los Sindicatos son cofradías profesionales, hermandades de trabajadores, pero a la vez órganos verticales en la integridad del Estado. Y al cumplir el humilde quehacer cotidiano y particular se tiene la seguridad de que es órgano vivo e imprescindible en el cuerpo de la Patria. Se descarga así al Estado de mil menesteres que ahora necesariamente desempeña. Sólo se reserva los de su misión ante el mundo, ante la Historia. Ya el Estado, síntesis de tantas actividades fecundas, cuida de su destino universal. Y como el jefe es el que tiene encomendada la tarea más alta es él el que más sirve. Coordinador de los múltiples destinos particulares, rector del rumbo de la gran nave de la Patria, es el primer servidor; es, como quien encarna la más alta magistratura de la tierra: «siervo de los siervos de Dios».

Arriba España.



Educación Nacional - Religión

En la conversación que voy a mantener con vosotros en estos cortos instantes voy a tratar, entre los distintos puntos que me toca esclarecer, el punto 25 de nuestro movimiento que en diversas ocasiones ha dado lugar a posiciones equívocas a distintas personas y que concretamente no sé a qué atribuir dicha discordancia, si a la mala ignorancia, a la mala intención o a la tontería.

Por esto, en el desarrollo de esta conversación pretendo, de una forma evolutiva, ir mostrando dicho punto bajo sus dos aspectos precisos, o sea bajo el concepto histórico y limitándome concretamente al desarrollo del sentido en el campo de lo histórico. Por esto puedo afirmar que en ningún instante pienso penetrar en el campo del dogma, para lo cual no me doy la autoridad suficiente ni creo sea el objeto de esta conferencia.

Dos civilizaciones

Como primer punto para ir encuadrándonos en este desarrollo, voy a empezar por mostrar la diferencia esencial entre dos etapas que se marcan tajantes en la historia. Esto es, la diferencia esencial entre las antiguas civilizaciones y las modernas; entre las civilizaciones anteriores a la Cruz y las civilizaciones que se levantan a la sombra y bajo el impulso del cristianismo.

Si nosotros miramos a las civilizaciones antiguas y las modernas, vemos que su diferencia esencial consiste en que las civilizaciones antiguas están basadas en tres negaciones, negaciones opuestas a las afirmaciones en que se basan las civilizaciones modernas, o sea: «afirmación de la unidad del género humano, afirmación del libre albedrío y afirmación de la distinción entre la potestad civil y la potestad religiosa»; en contra de los antiguos, que se basaban en la negación de la unidad del género humano, en la negación de la libertad humana y en la negación de toda especie de distinción entre la potestad civil y la potestad religiosa.

Los antiguos, al negar la unidad del género humano, negaron toda la hermandad de los hombres y el principio de su igualdad ante Dios. Los legisladores de hoy no admiten la separación de los hombres en castas, que es el fundamento de las antiguas constituciones, de las que resultaba la desintegración de la unidad del género humano al dividir a los hombres en libres y esclavos. Al negar el libre albedrío, negaban la libertad divina y humana y de todo ello resulta el concepto que los antiguos tenían del Dios destino, anterior y superior a todas las divinidades, a que obedecían por medio del terror los hombres, los pueblos y los dioses.

De la negación de la distinción entre potestad civil y religiosa, nace en los antiguos su absoluta confusión; si hay un hecho claramente consignado en la historia, es el carácter teocrático de las antiguas civilizaciones. Pero la teocracia no fué un hecho espontáneo en la historia; la teocracia fué una teoría expuesta por filósofos y admitida por los legisladores: aquéllos se sirvieron de la teocracia para elevar el edificio de sus instituciones.

Los antiguos no concebían la sociedad civil sin que el poder residiera en la potestad religiosa o no concebían el poder sin que en una misma persona residiese la potestad civil y la potestad religiosa, la humana y la divina, sin que una misma persona fuese el representante de Dios y de los hombres, o sea que no concebían el poder sino ejercido por una persona absolutamente libre a la cabeza de un pueblo absolutamente esclavo. De aquí nació el aniquilamiento del individuo y la deificación del Estado. Platón no concebía el Estado sino como padre de todos los

hijos y señor de todas las propiedades, considerando a la propiedad particular y la paternidad individual como dos grandes usurpaciones realizadas por el hombre a Dios y al Estado. La deificación de la ley y del Estado fué causa de aquel patrimonio absurdo y feo de los antiguos para los cuales ser ciudadano era vivir en una ciudad, y declarar la guerra al género humano, era considerar al extranjero como enemigo, a los enemigos como predestinados por el Dios de la Patria a la esclavitud; era, en fin, proclamar el principio de la guerra universal.

Las sociedades cristianas

En contra de las ideas constitutivas de la sociedad antigua, se levantan las sociedades cristianas, basadas en la unidad del género humano, que al mismo tiempo de proclamar la igualdad ante Dios y los hombres, nos hace sentirnos hermanos, iguales y libres. La proclamación del libre albedrío trajo la de la libertad humana, pero no la de la libertad otorgada por las constituciones políticas, sino de aquella otra libertad altísima, incondicional, amplia y universal, que reposa en el escondido santuario de la conciencia humana.

En el teatro antiguo, el pueblo siempre es espectador, nunca es autor: todo lo contrario del teatro moderno, donde el pueblo es el primero y más grande de los autores. Y es que los antiguos, al no tener idea de la libertad del hombre, tampoco tenían idea de la dignidad del pueblo.

En el símbolo máximo del cristianismo está expresada majestuosamente la grandeza de la libertad humana. Cuando llegó aquel día anunciado en el tiempo en el que Dios se hizo hombre, el mundo presencié el más grande de los espectáculos y el más sublime de los dramas; el drama y el espectáculo de la cruz, donde hay dos actores: de un lado, Dios, que quiere ser reconocido; de otro, la libertad humana, que se niega a reconocerlo y le lleva al calvario. El calvario fué teatro de dos opuestas victorias: la de Dios en el futuro y la de la libertad humana en el presente; la de Dios en la eternidad, y la de la libertad en el tiempo. Dios murió allí por no quebrantar la libertad humana.

Y por último decimos que la distinción entre las antiguas civilizaciones y las modernas es la absoluta distinción, en éstas, entre la potestad civil y la potestad religiosa.

Estos tres principios, o sea: unidad del género humano, libertad humana y afirmación de la distinción entre la potestad civil y la potestad religiosa, constituye la base sobre la cual se constituye la civilización cristiana. Podemos decir que desde el siglo IV, en que por el edicto de Milán, proclamado por Constantino, el cristianismo surge a la luz del día. Hasta el siglo XVI el mundo tiene una unidad, el mundo tiene un eje; este centro es la visión ideal de Cristo.

Desintegración

En el siglo XVI es cuando comienza a dibujarse el ideal en que el mundo ha venido viviendo en estos últimos años, ideal que en los siglos XVII y XVIII se perfila, y entonces es cuando comienza a abandonar valores que habían vivido orgánicamente unidos y que a partir de aquí empiezan a separarse. El siglo XVI tiene el significado de una división de vertientes que corresponden a la manera como cada uno interpreta la relación del hombre con Dios, del hombre con la Naturaleza y cómo unos y otros explican la obra que a la razón compete. En la guerra cultural que se entabla toman parte todos los pueblos. Y si hasta entonces la figura de Cristo había sido el centro alrededor del cual giraba el mundo y en su visión se había apoyado el orden jerárquico, en esta época se rompe esta unidad que entraña la conciencia cristiana desplegándose una serie de dualismo que el espíritu analítico de la época no quiso resolver en una unidad superior; sino que, al con-

trario, se complace en ir exaltando la propia sustanciabilidad de cada uno de los términos, a fin de enriquecer la desintegración de la cultura. Y entonces vemos cómo lo que había vivido orgánicamente unido—como son auto-ridad y libertad, individualidad y universalidad, tradición y progreso, espíritu y razón—toma posiciones antagónicas e inconciliables. Bajo la instigación de estos dualismos se rompe la unión entre el ayer y el mañana, entre la historia y la obra por realizar en el futuro.

España

España en esta separación se entrega a la causa del Catolicismo y confía al Estado la misión de su defensa; pero antes de decidirse por uno de los bandos en pugna, intenta su conciliación. Su fuerte Estado, a causa de su estructura interna, modelo de modernidad, motivaron que se considerase a Fernando el Católico—que es en parte quien lo esculpe—como uno de los artífices del Estado moderno y esto, junto con la misión que tenía en el orbe cristiano, habían hecho concebir, bajo la visión de España, el concepto de la monarquía universal. El Estado español luchó durante largos años para conciliar fuerzas que se presentaban como antagónicas. Si nosotros quisiéramos ver la intención política de Carlos V, no tendríamos otra cosa que hacer analizar aquellas palabras magníficas del discurso pronunciado en español el lunes de Pascua de 1536 ante Paulo I, cardenal y embajadores. Carlos denuncia a Francia de querer quebrantar la paz de los cristianos y pretende someter al concilio sus divergencias con ellos, diciendo estar dispuesto a todo porque esta paz renazca. Y para que Francia tenga ocasión de alejarse con los infieles, presenta cartas y documentos demostrando que no había tomado la iniciativa en guerra alguna contra los pueblos cristianos, y por último, expresa sus anhelos máximos en las siguientes últimas palabras:

«Quiero—dijo—que Italia y la Cristiandad estén en paz y tomen cada uno lo suyo; quiero que nos concertemos y hagamos una confederación contra los infieles, como es y ha sido mi intención de hacerla».

Reparad la magnitud de esta concepción y la ausencia de toda palabra alusiva a la reforma, la cual ya había dividido a Europa. ¿Cómo explicar este silencio tan lleno de sugestivas interpretaciones? Es que Carlos V, no renunciaba a su ideal de la monarquía universal, así se explica el último intento de concordia en 1548. Y es que el hombre que se retira en Yuste es el hombre vencido idealmente, el que acarició la esperanza de impedir la división de la conciencia cristiana.

Trento

Consumada la ruptura de Europa en el siglo XVI, España se encierra en sí misma: Estado y sociedad nacional se funden para un empeño religioso, para salvar valores espirituales que España vió simbolizados en la causa del catolicismo. La rigidez de su concepción le lleva a luchar incluso contra el Papado: es Felipe II quien trae la excomunión, mas como defendía la causa por la cual luchaba con más pureza y nitidez que el mismo Papa, quien, por ejemplo, se alió con los turcos, la historia no ha interpretado suficientemente este hecho de la excomunión, aún que de nuevo revela cómo el catolicismo español, era hijo de una visión a que no respondía por entero Roma. Mas España anhela tanto el fortalecimiento de la Iglesia cuanto el concordato de la Iglesia. Y para lograrlo presiona la celebración de un concilio, y éste tiene lugar en Trento. Ya dentro de él, su representación lo arrastra en deliberaciones, y, promulgados sus acuerdos, el Estado español se lo incorpora como leyes del reino. El nuevo catolicismo tiene en esencia mucho de español, porque, a partir de Trento, es la Compañía de Jesús la que inspira fundamentalmente a la Iglesia, y la Compañía de Jesús es un órgano que la conciencia española des-

taca en el siglo XVI para procurar los fines a los cuales el Estado servía. Podría decirse que, puesto que se hallaban identificados fundamentalmente las aspiraciones sociales con los organismos políticos, la Compañía de Jesús era, tanto un órgano social, como institución del Estado. Y si éste se consideró así como órgano combativo y militante, militante y combativa, es también la estructura de la Orden de Loyola.

Frente al cristianismo y catolicismo evangélico, España actúa de esta suerte sus rasgos, sentido que tenía a sí mismo vieja excedencia pero que no se había enseñoreado de la Iglesia, porque durante centurias hubo de convivir y transigir con posiciones muy variadas en la amplísima visión cristiana de los siglos precedentes.

Bien pronto la catolicidad que afirmaba espíritu frente a razón, principia a ver secarse la fuente de donde manaba, porque Trento es razón y razón dogmática.

La compañía fundada por la egregia figura de San Ignacio de Loyola, es acción, más no acción cuyas raíces se hundan en la intimidad, sino acción producto de acatamiento.

Estado e Iglesia

Reformada la Iglesia católica de acuerdo con las aspiraciones políticas españolas del siglo XVI, Estado e Iglesia se fusionan, dividiéndose los menesteres, pero coordinando las acciones.

El Estado se reconoció asimismo de acuerdo con los ideales de San Agustín fundado en la finalidad trascendente que la Iglesia representara. No se estimaba fin en sí mismo, sino órgano intermedio para finalidades superiores; lo que hace con ecuanimidad suma es diferenciar los intereses temporales de la Iglesia, de los estrictamente religiosos, sometidos, en el primer sentido, a las necesidades instrumentales del Estado.

He ahí por qué es inexacta la aseveración de que el propósito del pensar español coincide en someter el Estado a la Iglesia siendo así que el blanco de los propósitos era otro: el de abscribir el Estado a una finalidad religiosa, a la cual la propia Iglesia debería acomodar conducta y organización, puesto que el más representativo de nuestros pensadores fray Francisco de Vitoria, sostiene esta tesis en su famoso libro «De Relaciones». De este sentido ecuménico propio del pensamiento español de aquellos tiempos, se derivó una de las más claras muestras de la profundidad de sus raíces; pues cuando el maquiavelismo—que significó la eliminación del valor sustantivo de los medios y la exaltación de la finalidad particular—reaccionó contra él toda la mentalidad española, produciendo una abundante y admirable literatura filosófico-política, donde son exaltadas la moral y la religión con normas que siempre han de regir el Estado. Y si esto ocurre con el maquiavelismo, otro tanto ocurre con la tesis tan querida por la reforma, y tan favorable a la teocracia, que hace la jefatura del Estado español. La tesis española tiene muy distinta orientación; frente a la tesis protestante del absolutismo de los príncipes, la realeza se justifica por sus actos; tal es vieja tradición que desde San Isidoro se mantenía alerta en España.

Unidad

Frente al primado de razón individual, que a la postre había de nadar en la cultura nacida al calor de la reforma, España defendía la unidad del espíritu universal, la expresión de esa unidad y la continuidad del esfuerzo simbolizada por la Iglesia.

Europa encalló en la guerra: el mundo creyó que apoyado en los sillares de razón como

(Sigue en la página 7)



T i e r r a

No conviene que al enfocar el estudio del problema de la tierra adoptemos un punto de vista fragmentario. Sería erróneo considerar, sus distintos puntos, financiero, técnico, administrativo, etc., y descuidar su función total que es la de servir al hombre. Encaucesmos, pues, nuestro examen, no olvidándonos de referir continuamente al hombre nuestras observaciones y nuestros hallazgos. Resultaría así nuestro trabajo más complejo, pues será forzoso continuamente juntar al frío y exacto análisis de la realidad la consideración de sus efectos morales. Queda indicado con esto que no se resuelve este problema con expedientes de tipo externo o material y es inútil añadir, por tanto, que no tiene salida el espíritu actual; la solución de este problema es, en consecuencia, trabajo de muchos años.

Para resolverlo habrá que luchar con la desconfianza, hartó fundada, de los labradores. El campesino se ha vuelto receloso y suspicaz para todos los que se acercan a proponerles recursos con que aliviar su malestar porque se ha visto siempre burlado u olvidado. Mas nosotros le conquistaremos porque él ha de ser uno de los soportes básicos de nuestra revolución e iniciaremos esa conquista formando núcleos juveniles (que ya existen en gran cantidad de pueblos), que mantengan bien despierto el sentido nacional. Y les traeremos a nuestra bandera no señalando al Estado, según es costumbre, en estas propagandas, como remedio a sus males sino a ellos mismos. Ellos, con fuerte ánimo, con el optimismo bien templado, deben ser los que pongan término a su mal sin esperar la ayuda, que nunca llega, de un mentiroso sistema. Ya basta para engaño el que significó el 12 de Abril, cuyo aniversario coincide ahora en su fracaso.

España y sus zonas

Examinando nuestro país por encima pueden distinguirse en él las siguientes zonas: la que podríamos llamar «verde», que abarca Galicia, las Vascongadas, Navarra y una pequeña parte de León; la parte andaluza; la meseta, y, finalmente, Levante. La primera, es explotada por familias que viven en pleno campo y cultivan por sí mismas la tierra; su producción tiene un carácter marcadamente familiar, y como consiste, en gran parte, en productos derivados de la ganadería, como leche, manteca, etc., es casi continua. Tienen en esa zona asignado un gran papel nuestros sindicatos para administrar abonos, aportar perfeccionamientos técnicos, etc., pero sobre todo para gestionar la venta y colocación de los productos. Habrá también el Estado que nosotros propugnamos de cuidar la enseñanza de tipo profesional, pero no por empleados que lo hagan de un modo frío y rutinario, sino por gentes compenetradas con los campesinos y sus necesidades y que sientan los problemas de la tierra.

Cataluña y Levante son comarcas ricas, excelentes, cultivadas y aprovechadas y en las que existe, aunque no tan extendida como en la zona antedicha, la producción fa-

miliar, pese a la creencia general de que en estas regiones predomina el industrialismo. Los productos de esta zona, frutas principalmente, son de calidad y están destinados, por tanto, a la exportación.

La zona andaluza puede ser subdividida en otras dos: secano y olivar. Esta última, como se sabe, es de producción variable y tiene el inconveniente de ocupar sólo durante poco tiempo a los obreros; no llega a cuatro meses entre las dos faenas de la poda y la recolección. La solución para este largo paro de ocho meses quizá estuviera en empear a los mismos obreros en industrias de tipo familiar derivadas de la aceituna, en entregarles para su cultivo parcelas de regadío.

Llegamos por fin a la meseta, zona la más considerable de España. Las lluvias son escasas e irregulares y en ella podemos distinguir dos partes: la dedicada al cultivo del trigo y demás cereales y la que no admite por su pobreza ni este cultivo ni casi ningún otro. En la primera no se han llegado a alcanzar las cifras de producción proporcionadas a la riqueza del terreno, por falta de capital y técnica. Hay un trabajo inmenso a emprender en este sentido, sobre todo contra el absentismo que es una de las mayores plagas para los campesinos. Es necesario que el dinero del campo no vaya íntegro a la ciudad, sino que se devuelva en buena parte al mismo campo con el fin de emplearlo

en mejoras agrícolas. Ya Mussolini dictó una ley obligando a los propietarios a dedicar la mitad de sus ganancias a adelantos técnicos, saneamiento de la vivienda rural, etcétera, y nosotros habremos de seguirle por este camino.

Será necesario también, tanto en esta zona como en otra, agrupar fincas pequeñas hasta constituir grandes patrimonios con el fin de que en ellos se puedan aplicar los métodos que ordena la técnica e intensificar de este modo la producción. Es preciso ensayar el cultivo colectivo por grandes de labradores; será la única manera de que los campesinos puedan vivir, porque ahora por la escasez de medios y los rendimientos de sus procedimientos, la floja renta de sus tierras les hace arrastrar una existencia miserable.

En cuanto a los que habitan suelos estériles serán trasladados a comarcas férciles, dedicando esos terrenos a lo único que parece que sirven, a la repoblación forestal. Esta Castilla desnuda será entonces un inmenso bosque donde habitarán gentes sino ricas, al menos fuertes, sanas y alegres.

Riegos y Confederaciones

España podría aumentar considerablemente su producción de frutas y hortalizas con el riego; comarcas hoy infecundas podían emplearse en ese cultivo; todo ello originaría una gran actividad industrial, como la de

fabricación de almíbares, conservas de frutas y legumbres, etc., y el movimiento comercial consiguiente al intercambio de estos productos. En la zona de Levante, en las partes que hay agua, merced a un sistema admirable, el riego se hace directamente, sin necesidad de apelar a ninguna instalación. En Andalucía, en los sectores a donde se podría llevar el agua, se alega, para que no se haga, que el coste de la instalación necesaria nunca sería compensado por el producto de las tierras. Quizá sea, efectivamente, antieconómica una medida en tal sentido, más no se puede negar importancia social. Atendiendo a eso, el Estado nacionalsindicalista pondría su esfuerzo en esta tarea, aunque esa obligación fuese para él una grave carga.

Respecto a las Confederaciones, son tan halagüeños sus resultados, que sólo en ellas se ha podido lograr lo que se llama «bonificación integral», que es ya una realidad en la Confederación del Ebro. Pero para crear una Confederación es menester recoger una comarca entera, mejorar sus comunicaciones, estudiar detenidamente sus condiciones, etcétera. Y hay que darles un margen amplio de libertad y cuidar su unidad para que la dispersión no las haga infecundas. El Estado se descargará con esa autonomía de una serie de quehaceres que ahora asume sin necesidad. Lograría paliar el paro con las grandes construcciones necesarias, ocuparía después a esos mismos obreros en industrias anejas a los resultados del riego y aun absorbería las familias de suelos estériles de que antes se habló. Excusado es señalar la importancia política de estas grandes medidas. El modo de ejecutarlas sería con dinero del Estado, pero «gratuito», porque a él sólo incumbe la misión de crear la riqueza nacional. Los usuarios serían responsables de los servicios utilizados.

La repoblación forestal ha de ser el índice del resurgimiento de España. El día que comiencen los yermos a cubrirse de árboles, habremos sin duda logrado iniciar la marcha ascendente de nuestra Patria. Para esta gran tarea de formar bases de la riqueza nacional serán movilizadas patrióticamente las juventudes.

En una palabra, podría resumirse cuanto es preciso hacer: apostolado. Es necesario comenzar un verdadero apostolado entre los hoy desheredados campesinos, que ha de consistir en enseñarles con cariño y cordialidad, en fortalecer los Sindicatos, en dar vida a las Confederaciones, en acometer una decisiva política rural. Pero todo eso forma parte de un solo plan y ese plan sólo puede ser ejecutado dentro de nuestro Estado nacionalsindicalista. Por eso dijimos al principio que las milicias de campesinos habrían de ser los pilares de nuestro movimiento; porque al hacer la revolución nacional resolverían su problema, que es uno de nuestros más anchos y angustiosos problemas: el problema de la tierra, y salvarían todo un patrimonio material y moral—que reside en el «sentido campesino de la vida»—sobre el que descansa toda verdadera civilización.

¡¡Camaradas del campo!!

Según las leyes vigentes, el precio mínimo del quintal métrico de trigo es de cuarenta y cinco pesetas, que equivale a diecinueve pesetas con cuarenta y seis céntimos el de la fanega de noventa y cuatro libras de peso. No cedais vuestro trigo, que está amasado con el sudor de vuestra frente, a precio menor del señalado y denunciad cualquier operación de compra venta que se realice por bajo de dichas cifras.

No os dejéis arrebatar lo que es vuestro y os corresponde en justicia.

¡Arriba España!



Educación Nacional - Religión

(Viene de la página 6)

labrador sobre su manera creyó ir abriendo el surco por donde podría discurrir la vida individual y colectiva; en los años de la guerra y de la post-guerra se perdió esa fe. Los cañones de la guerra nos han demostrado cuán falso era el sentido desintegrador en que el mundo había vivido durante estos últimos años.

A nosotros había llegado, a través de la época románica, el sentido románico de la expresión del siglo XVI. Nosotros concebíamos a esta época como si fuera una magnífica unidad donde interiormente se libraban sordas y profundas batallas; nosotros concebíamos esta época con el mismo sentido

románico con que Violet le Duc concebía una Catedral gótica; magníficas expresiones de unidad, pero donde todos sus elementos están librando en silencio sus trágicas batallas. El arbotante queriendo echar a la bóveda, queriendo echar al arbotante, los cañones de los años 14 al 18 nos han demostrado cuán falso era éste. Habiendo catedrales góticas donde se han derrumbado los arbotantes y las bóvedas han continuado en pie, y otras se han derribado las bóvedas y, sin embargo, los arbotantes no se han caído. Todo esto demuestra cuán falsa es la aseveración de que las bóvedas empujan a los arbotantes y éstos a las bóvedas. Los siglos góticos son una magnífica expresión de unidad donde todos los elementos o parte de

ellos se habían entramado de tal forma que habían terminado construyendo un perfecto cuerpo monolítico. Este es el nuevo surgir del pensar en el mundo y el mundo busca a tientas este pensar amplio y completo. La expresión exacta de este pensar en España es su permanente histórico. Nosotros, partiendo del primer peldaño de esta escalera sucesiva de expresiones que de una forma histórica he ido enumerando, realizaremos la verdadera construcción nacional para dar al mundo y a la civilización su verdadero y justo cauce. Hoy con nosotros, después de años de vivir sometidos al sentido contrario de España, España reclama en el mundo la posición que le corresponde como portadora del verdadero sentido de unidad universal. Ba-

jo los principios enumerados de unidad del género humano, de libertad humana, de exacta diferenciación entre lo religioso y lo civil, y portando esta misión sublime y grande de la unidad universal como expresión verdadera del destino permanente de España, elevaremos toda nuestra reconstrucción y toda nuestra educación nacional y, entonces, nuestros pueblos, expresión de unidad verdadera, radiantes de cultura, podrán realizar y ser la espada de aquellas palabras pronunciadas por Cristo en la adoración de la cena, cuando decía a su Padre: ¡Quiero que todos sean como tú y yo somos uno: un mismo Pastor y un mismo Redil!

Imp. EL ADELANTADO, San Agustín, 7

Queremos que todos los pueblos de España sientan, no ya el patriotismo elemental con que nos tira la tierra, sino el patriotismo de la misión, el patriotismo de lo trascendental, el patriotismo de la gran España.

José Antonio.

Nación. Unidad. Imperio

1 Creemos en la suprema realidad de España. Fortalecerla, elevarla y engrandecerla es la apremiante tarea colectiva de todos los españoles. A la realización de esta tarea habrán de plegarse inexorablemente los intereses de los individuos, de los grupos y de las clases.

2 España es una unidad de destino en lo universal. Toda conspiración contra esa unidad es repulsiva. Todo separatismo es un crimen que no perdonaremos.

La Constitución vigente, en cuanto incita a las disgregaciones, atenta contra la unidad de destino de España. Por eso exigimos su anulación fulminante.

3 Tenemos voluntad de imperio. Afirmamos que la plenitud histórica de España es el Imperio.

Reclamamos para España un puesto preeminente en Europa. No soportamos ni el aislamiento internacional ni la mediatización extranjera.

Respecto de los países de Hispanoamérica, tendemos a la unificación de cultura, de intereses económicos y de poder. España alega su condición de eje espiritual del mundo hispánico como título de preeminencia en las empresas universales.

4 Nuestras fuerzas armadas—en la tierra, en el mar y en el aire—habrán de ser tan capaces y numerosas como sea preciso para asegurar a España en todo instante la completa independencia y la jerarquía mundial que le corresponde.

Devolveremos al Ejército de tierra, mar y aire toda la dignidad pública que merece y haremos, a su imagen, que un sentido militar de la vida informe toda la existencia española.

5 España volverá a buscar su gloria y su riqueza por las rutas del mar. España ha de aspirar a ser una gran potencia marítima, para el peligro y para el comercio.

Exigimos para la Patria igual jerarquía en las flotas y en los rumbos del aire.

Estado. Individuo. Libertad

6 Nuestro Estado será un instrumento totalitario al servicio de la integridad patria.

Todos los españoles participarán en él al través de su función familiar, municipal y sindical. Nadie participará al través de los partidos políticos. Se abolirá implacablemente el sistema de los partidos políticos con todas sus consecuencias: sufragio inorgánico, representación por bandos en lucha y Parlamento del tipo conocido.

7 La dignidad humana, la integridad del hombre y su libertad son valores eternos e intangibles.

Los 26 puntos de la Falange

Pero sólo es de veras libre quien forma parte de una nación fuerte y libre.

A nadie le será lícito usar su libertad contra la nación, la fortaleza y la libertad de la Patria. Una disciplina rigurosa impedirá todo intento dirigido a envenenar, a desunir a los españoles o a moverlos contra el destino de la Patria.

8 El Estado nacionalsindicalista permitirá toda iniciativa privada compatible con el interés colectivo, y aún protegerá y estimulará las beneficiosas.

Economía. Trabajo. Lucha de clases

9 Concebimos a España en lo económico como un gigantesco sindicato de productores. Organizaremos corporativamente a la sociedad española mediante un sistema de sindicatos verticales por ramas de la producción, al servicio de la integridad económica nacional.

10 Repudiamos el sistema capitalista, que se desentiende de las necesidades populares, deshumaniza la propiedad privada y aglomera a los trabajadores en masas informes, propicias a la miseria y a la desesperación.

Nuestro sentido espiritual y nacional repudia también el marxismo. Orientaremos el ímpetu de las clases laboriosas, hoy descarriadas por el marxismo, en el sentido de exigir su participación directa en la gran tarea del Estado nacional.

11 El Estado nacionalsindicalista no se inhibirá cruelmente de las luchas económicas entre los hombres, ni asistirá impasible a la dominación de la clase más débil por la más fuerte. Nuestro régimen hará radicalmente imposible la lucha de clases, por cuanto todos los que cooperan a la producción constituyen en él una totalidad orgánica.

Reprobamos e impediremos a toda costa los abusos de un interés parcial sobre otro y la anarquía en el régimen de trabajo.

12 La riqueza tiene como primer destino—y así la afirmará nuestro Estado—mejorar las condiciones de vida de cuantos integran el pueblo. No es tolerable que masas enormes vivan miserablemente mientras unos cuantos disfrutan de todos los lujos.

13 El Estado reconocerá la propiedad privada como medio lícito para el cumplimiento de los fines individuales, familiares y sociales, y

la protegerá contra los abusos del gran capital financiero, de los especuladores y de los prestamistas.

14 Defendemos la tendencia a la nacionalización del servicio de banca y, mediante las corporaciones, a la de los grandes servicios públicos.

15 Todos los españoles tienen derecho al trabajo. Las entidades públicas sostendrán necesariamente a quienes se hallen en paro forzoso.

Mientras se llega a la nueva estructura total, mantendremos e intensificaremos todas las ventajas proporcionadas al obrero por las vigentes leyes sociales.

16 Todos los españoles no impedidos tienen el deber del trabajo. El Estado nacionalsindicalista no tributará la menor consideración a los que no cumplen función alguna y aspiran a vivir como convidados a costa del esfuerzo de los demás.

Tierra

17 Hay que elevar a todo trance el nivel de vida del campo, vivero permanente de España. Para ello adquiriremos el compromiso de llevar a cabo sin contemplaciones la reforma económica a reforma social de la Agricultura.

18 Enriqueceremos la producción agrícola (reforma económica) por los medios siguientes:

Asegurando a todos los productos de la tierra un precio mínimo remunerador.

Exigiendo que se devuelva al campo, para dotarlo suficientemente, gran parte de lo que hoy absorbe la ciudad en pago de sus servicios intelectuales y comerciales.

Organizando un verdadero Crédito Agrícola nacional, que al prestar dinero al labrador a bajo interés con la garantía de sus bienes y de sus cosechas le redima de la usura y del caciquismo.

Difundiendo la enseñanza agrícola y pecuaria.

Ordenando la dedicación de las tierras por razón de sus condiciones y de la posible colocación de los productos.

Orientando la política arancelaria en sentido protector de la agricultura y de la ganadería.

Acelerando las obras hidráulicas. Racionalizando las unidades de cultivo, para suprimir tanto los latifundios desperdiciados como los minifundios antieconómicos por su exíguo rendimiento.

19 Organizaremos socialmente la Agricultura por los medios siguientes:

Distribuyendo de nuevo la tierra cultivable para instituir la propiedad familiar y estimular enérgicamente la sindicación de labradores.

Rendimiento de la miseria en que viven a las masas humanas que hoy se extenuan en arañar suelos estériles, y que serán trasladadas a las nuevas tierras cultivables.

20 Empezaremos una campaña infatigable de repoblación ganadera y forestal, sancionando con severas medidas a quienes la entorpezcan e incluso acudiendo a la forzosa movilización temporal de toda la juventud española para esta histórica tarea de reconstruir la riqueza patria.

21 El Estado podrá expropiar sin indemnización las tierras cuya propiedad haya sido adquirida o disfrutada ilegítimamente.

22 Será designio preferente del Estado nacionalsindicalista la reconstrucción de los patrimonios comunales de los pueblos.

Educación nacional. Religión

23 Es misión esencial del Estado, mediante una disciplina rigurosa de la educación, conseguir un espíritu nacional fuerte y unido e instalar en el alma de las futuras generaciones la alegría y el orgullo de la Patria.

Todos los hombres recibirán una educación premilitar que les prepare para el honor de incorporarse al Ejército nacional y popular de España.

24 La cultura se organizará en forma de que no se malogre ningún talento por falta de medios económicos. Todos los que lo merezcan tendrán fácil acceso incluso a los estudios superiores.

25 Nuestro movimiento incorporará el sentido católico—de gloriosa tradición y predominante en España—a la reconstrucción nacional.

La Iglesia y el Estado concordarán sus facultades respectivas, sin que se admita intromisión o actividad alguna que menoscabe la dignidad del Estado o la integridad nacional.

Revolución nacional

26 Falange Española de las J. O. N. S. quiere un orden nuevo, enunciado en los anteriores principios. Para implantarlo, en pugna con las resistencias del orden vigente, aspira a la revolución nacional.

Su estilo preferirá lo directo, ardiente y combativo. La vida es milicia y ha de vivirse con espíritu acendrado de servicio y de sacrificio.

Ha salido "VERTICE," la gran revista nacional